

Esta palabra, como un título nobiliario, precederá a su nombre en todo documento y en el trato social; los descendientes de los que murieron y y de los que mueran usarán como un patronímico la designación «hijo de héroe». Es una aristocracia nueva; rota la espada, el héroe será útil a su Patria labrando la tierra. Y hará más, cuidará en los dominios que se le regalan de educar a los campesinos, de mantener encendido y ardiente en sus corazones el amor a la Patria.

El héroe no quedará aislado en sus campos ni entregado a los azares de su posible ineptitud para la vida bucólica. La Orden es una hermandad que proveerá a todas las contingencias; el Consejo de la Orden será tutor y guía de cuantos no estén suficientemente preparados.

Hace pocos días se celebró en los jardines del castillo Real de Budapest la ceremonia de jurar los héroes fidelidad a los estatutos de la Orden. Presidían, con el gobernador Nicolás de Horthy, los archiduques José y José Francisco, de la familia Real destronada, y les acompañaban los ministros, los jefes militares de antaño, los aristócratas herederos de los señores feudales. Debió ser conmovedora la ceremonia. En largas filas asistieron los héroes a la misa; muchos de ellos no conservaban ya sus uniformes militares y vestían, según su condición social, trajes de aristócratas o burgueses, obreros o labriegos. La muchedumbre asistía atónita al suceso. En el latir de todos los corazones y en las lágrimas de todos los ojos clamaba su trágico dolor la Patria vencida, humillada y desgarrada.

Luego estos héroes de la espada y del arado juraron sobre los Evangelios poner todas sus energías en la obra de salvar a la Patria, cumpliendo los fines de la Orden, que son: «Labrar la tierra con la mayor intensidad posible; crear industrias rurales para dar trabajo al mayor número de obreros; combatir la emigración y el alcoholismo; trabajar por la fortificación y el mejoramiento físico de la raza; difundir cultura y exaltar en los campesinos y aldeanos el orgullo y el amor de la Patria».

¿Leisteis esto? Entregada esa misión a héroes, parece realizada, más que la lección que quiso dar el Rey Enrique a sus tropas haciéndolas desfilar, rindiendo honores a un arado, antes de entrar en París, aquella política sabia que inician los Reyes de Castilla repartiéndolos entre sus capitanes y soldados las tierras que conquistaban a los moros. Sin nuevas aventuras fuera del territorio patrio no hubiese quedado España deshabitada y yerma. Más tarde las Cortes de Cádiz ofrecen a los beneméritos de la Patria la posesión de

los montes y tierras laborables que el Patrimonio Real poseía desde Madrid a El Escorial, y también las luchas y guerras posteriores impiden esta obra de colonización. Acaso sea oportuno ahora recordar que cuando las primeras andanzas españolas en el Rif el catedrático y escritor insigne D. Tomás Maestre propuso que los héroes que allí habían luchado se convirtiesen en colonos, que conquistaran con sus arados la tierra mora, indómita al estruendo de los cañones. No es, pues, para nosotros una novedad esta conversión de los héroes militares en colonizado-

res de las tierras yermas; lo es, sin duda, la creación de esa aristocracia del trabajo que ofrendó ayer a la Patria el riesgo de la vida y hoy le entrega la servidumbre afanosa y fecunda de la vida entera.

El gobernador Nicolás de Horthy debiera ser un gobernante español. También en España hay latifundios y cotos y baldíos que pueden trocarse en campos laborables, y también nuestra juventud está ofrendando a la Patria el riesgo de sus vidas...

(A. B. C. Madrid).

Nueva York Múltiple

El arco-iris roto.—Máscaras sonrientes y rostros de tragedia.—El terror de Francia.—El terror de Inglaterra.—Los temores de Italia.—Alemania y China.—Historias de lobos.

POR JOSÉ JUAN TABLADA

Los hombres radicalmente honrados; los de buena voluntad; los cristianos sinceros; las graves matronas que tiemblan por sus hijos; las mujeres temerosas de quedar huérfanas o viudas; los filósofos optimistas; los poetas y los soñadores, la mejor parte de la humanidad, en fin, la que en las Conferencias de Washington veía dibujarse un sereno y radioso arco-iris de paz, después de la tempestad del mundo, debe estar sufriendo una nueva decepción...

El arco-iris donde muchos creyeron que al fin se fundirían armoniosamente todas las banderas del mundo, ha caído en medio de un fracaso de colores sobre la blanca arquitectura del Continental Hall de Washington.

El arco-iris de paz se ha hecho pedazos y al caer sobre la tierra se ha convertido en un hacinamiento de colores intrincado y carnavalesco.

Descúbrese que lo que parecía incienso propiciatorio, quemado en aras del númer de la paz, no es en realidad sino la fumarola volcánica que claramente denuncia siniestras actividades recónditas.

De entre los escombros del arco iris desplomado, de los colorines de las banderas que pugnan por erguirse, cada cual en agresiva supremacía, surgen dando la más alta nota carnavalesca, las máscaras de los diplomáticos, llenos de melindres protocolarios y untados de rancios afeites.

Pero las máscaras eran quizás de cera, porque no han resistido la alta temperatura de las discusiones y pronto se han fundido, dejando ver las reales crispaturas, los rictus sarcásticos, los torvos gestos de terror o de codicia de los rostros verdaderos.

Al principio, todas las máscaras parecían tener sobrepuestos los anteojos del doctor Panglós, y a la ini-

cial proposición de Mr. Hughes, el coro aristofanesco contestó unánime:

«Todo es óptimo en el mejor de los mundos!»

La tragedia era comedia todavía.

Pero pronto tuvo que asumir su inconfundible y verdadero carácter.

EL rostro que por menos tiempo sostuvo la sonriente máscara diplomática; la sincera faz humana donde más pronto y más intensamente se agolpó la tragedia, fué sin duda la de Mr. Briand.

En el discurso del gran tribuno, no asomó el ideal de humanidad, sino el de patria, absolutamente restringido. En su tonante verbo, Francia dejó de ser la promulgadora de los Derechos del Hombre, la cuna de las libertades humanas y apareció galvanizada por el orgullo y el coraje napoleónicos.

Más que Briand parecía hablar Clemenceau, el Tigre que para descansar de la guerra, se va a la India a matar a los tigres, sus homónimos menos feroces que él. Quizás por no hablar en el diapason de Briand, calló Viviani el socialista... Briand optó patrióticamente por el militarismo en el urgente dilema que se le presentaba. Cortó el nudo gordiano con la espada, con la vieja espada de Napoleón, cuyo culto, afortunadamente, está muriendo ya sobre la tierra.

Y es que Francia está llena de dilemas... Dilema terrible es Alemania, que o vive y medra o muere y no paga...

Dilema pavoroso es Rusia, que sangra y con sólo sangre y estertores de agonía, no puede pagar el préstamo estúpido que Francia hizo a los Czares...

Justo es que en el rostro leonino de Briand esos problemas hayan proyectado sus livideces de muerte y sus